

## BASES PARA UN ESTATUTO CIENTIFICO DE LA LITERATURA

Por José Romera Castillo

### I

¿Es posible estudiar la literatura científicamente? ¿existe una disociación entre lo humanístico y lo científico? ¿se puede estudiar científicamente lo humanístico y humanísticamente lo científico? He aquí una tríada de preguntas —y no retóricas— fundamentales a las que intentaremos dar respuesta.

Existe en la actualidad una macrociencia, *La Teoría de la Ciencia* o *Filosofía de la Ciencia*, que intenta dar, de un modo epistemológico, cumplidas respuestas en lo concerniente al ámbito de esa parcela cultural llamada ciencia. La *Filosofía de la Ciencia* comporta dos actividades claramente diferenciadas:

- a) Examen de los supuestos filosóficos de toda actividad científica; y
- b) Elaboración de un discurso metacientífico.

Esto no quiere decir que exista un divorcio entre lo científico y lo metacientífico, ya que toda actividad científica suscita, de inmediato, problemas filosóficos y éstos, a su vez, provocan actitudes científicas. La ciencia es un enfoque racional del mundo y la epistemología es la teoría de esa visión analítica racional de las actividades tanto materiales como espirituales. La epistemología no está por encima o debajo de la ciencia, sino que está en la base, en la estructura y en el tejado del edificio científico. No es algo que se basa en la ciencia, sino un *discurso* sistemático y metacientífico. Sistemático, porque constituye un conjunto *coherente* de reglas capaz de dar cuenta y explicación exacta, verificable y falible (en ciencia no hay dogmas; las creencias aquí no tienen cabida)

del complejo mundo del saber; y metacientífico, al tratar, no de problemas peculiares de cada rama científica en particular, sino de aspectos genéricos que enmarcan la actividad científica en general.

La Filosofía de la Ciencia se ocupará, por tanto, de los aspectos lógicos, gnoseológicos y ontológicos de la ciencia. Su estatuto no se concibe aisladamente, cual Robinson Crusoe, dentro del complejo y vasto panorama de las actividades del saber; su sentido pleno lo logra al integrarse, interdisciplinariamente, en las disciplinas que tienen como objetivo saber qué es *saber*: la psicología (correlato psíquico entre el concepto y acto científico) y la sociología (función social) de la ciencia; la lógica científica (lógica simbólica y lógica inductiva); la semiótica (ciencia de los signos, o mejor, de los lenguajes); la historia de la ciencia y de la filosofía. Cada una de ellas es un foco que sirve para iluminar diferentes ángulos de un mismo objeto: el *saber*.

Si el Renacimiento constituyó la era del humanismo, el siglo XX pasará a la historia no sólo por los descubrimientos espaciales, sino también por los científicos. Vivimos en plena era de la ciencia. Pero es opinión —sobre todo, práctica— en nuestro país, un tanto generalizada, establecer una muralla separatoria entre lo científico y lo humano. Se cree que lo científico es sinónimo de exactitud, rigor y eficacia y que lo humanístico conlleva elucubración, impresionismo e ineficacia práctica en general. Afortunadamente las tranquilas aguas del saber se empiezan a mover y se está produciendo un giro copernicano en nuestro panorama cultural.

En un país como España en el que la investigación ha estado tan postergada (basta con echar una ojeada a los presupuestos del Estado destinados a la investigación científica); en el que, pese a las consabidas excepciones, la nómina de investigadores eminentes no es del todo muy cuantiosa (lo cual no quiere decir que entre nosotros no se haya practicado ciencia, sino que se ha practicado *poca* ciencia: sobre esto remito al primer párrafo de *Tiempo de silencio* de Luis Martín-Santos, donde queda *literariamente* tratado el tema); y en el que existe una frontera insalvable entre los estudios de las facultades de Ciencias (*sic*; que por sinécdoque —y no por alguna razón científica— se han atribuido la parte por el todo) y las facultades de Letras, la situación no era muy propicia a la fusión y convivencia de ambas parcelas.

Si como afirmaba Kant la ciencia no la crea el objeto sino el método, es indiscutible que tanto los ámbitos llamados de ciencias como los de letras pueden estudiarse científicamente. La ciencia no es exclusiva de nada ni de nadie. De ahí que propugnar una actitud filosófica en las materias llamadas tradicionalmente científicas y una actitud científica en las disciplinas humanísticas es algo que, en la actualidad, se va imponiendo esperanzadoramente. La epistemología es el círculo englobador que integra en su seno las ciencias, la filosofía y las ciencias humanísticas. Es cierto que cada disciplina tendrá su objetivo concreto de análisis y estudio; pero también es cierto que, pese a las diferencias en el *objeto*, no se puede hablar de una oposición o disociación en el

## BASES PARA UN ESTATUTO CIENTIFICO DE LA LITERATURA

modo de encarar la problemática pertinente en forma científica.

### II

Antes de dar respuesta a la interrogante inicial ¿es posible estudiar científicamente la literatura? conviene hacer unas aclaraciones previas.

1.<sup>a</sup>) Una cosa es el estudio de la literatura y otra muy distinta la *creación* literaria. Indudablemente que, aquí, nos detendremos en el primer aspecto. El proceso creativo del arte es agua de otro molino. Ahora bien, pese a la creencia idealista de que el creador artístico tiene completa libertad a la hora de dar rienda suelta a su *numen* (posición mantenida *in extremis* por los románticos), nada más bajar a la realidad más ruda es fácil constatar cómo el escritor, concretamente, está sometido a una serie de *normas* restrictivas que coartan en gran medida esa plena libertad. Si el emisor *normal* en la comunicación estándar o usual tiene que tener en cuenta una serie de reglas (fonético-fonológicas, morfosintácticas, léxicas, etc) para cifrar su mensaje, el emisor *cualificado* (el escritor), de un modo paralelo, está sometido a una serie de construcciones cuando produce su mensaje cifrado para ser reproducido en sus propios términos; siendo dos, especialmente, las lingüísticas y las relativas al género, las más significativas. Precisamente en ello está la semilla para hacer posible el estudio científico de la literatura.

2.<sup>a</sup>) Tampoco puede tener cabida aquí la problemática relacionada con los aspectos irracionales del gusto. El placer del texto, del que hablaba Roland Barthes, no se puede determinar por criterios racionales ya que se basa, esencialmente, en la dicotomía *me gusta/ no me gusta*. A la actividad fundamentada en este criterio se le llama *lectura*. La importancia de la misma nadie la pone en duda: desde un punto de vista individual, la re-creación de una obra literaria por parte de un lector puede ser altamente rentable tanto en el plano formativo como en el placentero. El lector no se deja llevar por ninguna categoría previamente establecida, sino que manifiesta una adicción, una simpatía, hacia el *encanto* que proporciona un autor en su escritura. La simpatía literaria, como el gusto en general, es algo evanescente y pertenece al más puro subjetivismo. Algunos lectores encuentran encanto en las obras de Cervantes, Galdós, Federico García Lorca o Buero Vallejo; para otros, sin embargo, el encanto estaría en escrituras vanguardistas como las de Ramón Gómez de la Serna, poetas surrealistas o Juan Goytisolo. El encanto sería *un no sé qué* (saber en negativo) imposible de determinar científicamente.

3.<sup>a</sup>) La naranja o el caviar además de su degustación placentera, positiva o negativa, pueden ser estudiados desde un punto de vista científico, constatando sus componentes químicos, sus reacciones y sus rasgos discriminatorios. Lo mismo sucede con la literatura: puede ser degustada (*lectura*) y analizada sistemáticamente (*crítica*). El crítico no opera con valores subjetivistas (no debe operar), sino con unos criterios basados en una compleja sistemática, o gramática

## JOSE ROMERA CASTILLO

textual (en el sentido etimológico más amplio), que sirva para dar cuenta, de una manera objetiva, de los elementos que articulan la creación literaria. Es, por lo tanto, en el terreno crítico, donde se puede establecer un estatuto científico de análisis literario.

Pero este análisis (*crítica*) necesita de unos parámetros trazados por los teóricos de la literatura (*Teoría*) que sean capaces de dar cuenta de los elementos conceptuales y que sirvan para desvelar la esencia de lo literario. Por ello, *lectura*, operación de degustación, se diferencia de *crítica* y *teoría* de la literatura, estando estas dos últimas en una interrelación de dependencia mutua. El crítico analizará las obras de la creación artística verbal con los instrumentos proporcionados por los teóricos de la literatura.

Pero esta teoría científica de la literatura no debe estar concebida como un principio inmanente, absoluto, sin génesis de ningún tipo —como propugnaría una filosofía idealista—, sino como una hipótesis que guíe el proceso investigador. No consiste, pues, en buscar la *estructura de las estructuras*; más bien se trata de encontrar un modelo adecuado al objeto literario que se pretende explicar y describir. A ello se podrá llegar tras el descubrimiento de diversos grados de generalización, situados, dentro del espectro, en diferentes niveles. La teoría científica de la literatura la concebimos como una práctica teórica —según el concepto althusseriano—, consistente en un proceso de transformación de una materia dada —las obras literarias— en un sistema general y conceptual, del cual puedan derivarse las diferentes tipologías de escritura. Esto es, un modelo adecuado al objeto literario que se pretende describir y que tendrá mayor adecuación cuanto mayor sea el ámbito del objeto que llegue a explicar y describir. Para ello, mejor que buscar la estructura última, subyacente a todos los sistemas— que para U. Eco debe ser una *estructura ausente*—, propondrá modelos, elaborados como universales, que funcionen universalmente, y que, por lo tanto, reflejen una substancia universal que los garantice, como muy bien señala el citado teórico italiano (Cfr. *Tratado de semiótica general*, Lumen, Barcelona, 1977).

### III

El conjunto de hipótesis verificables es el núcleo de toda teoría científica. La primera hipótesis de la que partimos es que la literatura puede ser estudiada, dentro de la perspectiva teórica, desde un planteamiento científico. Esta proposición, para ser una hipótesis científica, necesita tener una verificabilidad directa o indirecta y un grado de generalidad suficiente. De inmediato nos instalamos no en el *conocimiento científico* (sistema de ideas establecidas, aunque sea de un modo provisional: la ciencia nunca es estática), sino en la *investigación científica* (actividad productora de nuevas ideas).

Ahora bien, ¿en qué parcela científica puede ser incluida la literatura?

## BASES PARA UN ESTATUTO CIENTIFICO DE LA LITERATURA

Mario Bunge<sup>1</sup> distingue dos tipos de actividades científicas:

1.<sup>a</sup>) *Ciencias formales*: aquellas “que sus objetos no son cosas ni procesos sino, para emplear el lenguaje pictórico, formas en las que se puede verter un surtido ilimitado de contenidos, tanto fácticos como empíricos” (p. 10). Serían aquellas parcelas científicas que no dan cuenta de la realidad, no se ocupan de hechos, sino de entes ideales o abstractos que existen en la mente humana. La lógica y las matemáticas constituirían las dos ramas de este tronco común. Son ciencias deductivas.

2.<sup>a</sup>) *Ciencias fácticas*: aquellas que tienen como objeto la realidad natural, individual o social. La física, la química, la economía, la psicología, la sociología, la fisiología, etc. entrarían en su radio de acción. Las ciencias fácticas, además de la racionalidad, exigen que los enunciados sean *verificables en la experiencia* por medio de la observación o la experimentación.

Entre estas dos tipologías científicas existen, pues, unas diferencias notables: en cuanto al *objeto* (las formales se centran en lo ideal; las fácticas en lo material); en relación al *método* (las primeras demuestran o prueban sus teorías; las segundas verifican, provisionalmente, por la observación y/o el experimento las hipótesis propuestas); y en cuanto a la *índole de los enunciados* (las formales se centran en la relación entre los signos; las fácticas en sucesos y procesos).

Bunge reconoce que hay tres campos (el arte, la religión y el amor) a los que es difícil aplicar una investigación científica por no haber una interrelación entre razón y experiencia (p. 66). Los casos de la religión y el amor no nos interesan, pero el campo artístico en el que se inserta la literatura sí, y en ello nos vamos a detener, aunque sea someramente.

No hay más cera que la que arde y en nuestro caso, en la literatura, ¿no existe una correlación entre razón y experiencia? Cuando un escritor produce su obra literaria ¿no está combinando ambas facetas? Si don Juan Manuel, por ejemplo, escribe *El Conde Lucanor* es porque está poniendo en juego la razón —su razón— y su experiencia vital. Se podrá argüir que, efectivamente, esto está más claro cuando nos referimos a, lo que se podría llamar, una literatura *realista*. ¿Pero qué sucede cuando nos enfrentamos a una literatura *fantástica*? En principio habría que decir que toda literatura es, por esencia, imaginativa o fantástica. Trasvasar los hechos reales a la escritura es el objetivo de la Historia. En toda creación literaria, por el contrario, existe una recreación, por ausencia o por presencia, en mayor o menor grado, de la realidad. Al inventar otra realidad estamos ya fuera de la realidad *real* (valga la redundancia). La realidad literaria, como toda realidad, se articula de una manera sistemática, aunque ésta sea vasta, compleja y multiforme. Más aún la literatura al ser un lenguaje —muy *sui generis*, si se quiere— tiene un código que, pese a su dificultad, se puede descodificar científicamente. Es cierto que

1 Mario Bunge, *La Ciencia, su método y su filosofía*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 1979. Obra que seguiremos básicamente en nuestro trabajo.

la imaginación —la loca de la casa— tiene un discurrir diferente del proceso racional; pero ¿se puede imaginar algo si no se tiene en cuenta una realidad pre-establecida? De todo esto tendremos ocasión de hablar luego.

Lo que nos importa ahora es demostrar cómo la literatura puede incluirse en el espacio de las parcelas científicas fácticas. Hay dos condiciones primeras que debe cumplir toda teoría científica al estudiar la literatura:

1.<sup>a</sup>) Tiene que ser *racional*. Para ello son necesarios tres requisitos: uno, operar con conceptos; dos, que esas ideas se puedan combinar de acuerdo con reglas lógicas para producir, mediante un proceso de inferencia deductiva, nuevas ideas al expresar conocimientos no conocidos antes de realizar la deducción; y tres, que se organicen esas ideas en un sistema, es decir, en un conjunto ordenado de proposiciones.

2.<sup>a</sup>) Tiene que ser *objetiva*. Dicho de otro modo: que concuerde con su objeto para intentar buscar la verdad fáctica y que verifique la adaptación de las ideas a los hechos recurriendo a la observación y la experimentación.

¿Se pueden cumplir estas dos condiciones en una teoría científica del estudio de la literatura? Indudablemente que sí; otra cosa es que las teorías hasta ahora conocidas las cumplan o no, total o parcialmente. Ahora estamos en el plano metateórico que todo estatuto científico del análisis de la literatura debe cumplir. Este estatuto puede ser racional porque su *corpus* puede operar con conceptos que siguen unas reglas lógicas (pese a la arbitrariedad de todo lenguaje) y que se integran dentro de un sistema; y, a la vez, objetivo porque no se busca nada extraño a lo literario y porque lo conceptual o teórico no ha surgido *ex nihilo* o por capricho del crítico sino de la constatación objetiva de la creación literaria por medio de la observación analítica.

Veamos esto más concretamente. Para definir algo es necesario poseer una definición. ¿Cómo se podrá definir el *Libro de la Vida* de Santa Teresa de Jesús sin tener una definición del género autobiográfico? Claro que también se podría contraargumentar ¿cómo se puede definir el género autobiográfico sin tener en cuenta el *Libro de la Vida*? Ello nos lleva a plantear la problemática de los géneros literarios. Efectivamente la idea de *género* en literatura se puede estudiar desde un punto de vista sistemático. Hasta los formalistas rusos el análisis de los géneros literarios se había realizado de una manera normativa (desde Aristóteles, renacentistas o neoclásicos) basándose en criterios abstractos; pero, desde ellos, la crítica actual se basa para su definición en una actitud descriptiva, en la que, tras examinar en una época histórica determinada obras afines, se puede llegar a establecer unos *rasgos* en los que el escritor inserta su escritura y que constituyen unas categorías funcionales a las que todo autor, pese a las peculiaridades de su obra, se somete<sup>2</sup>.

2 Cfr. de Boris Tomachevski, "Temática", en el vol. col. ed. por T. Todorov, *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, Signos, Buenos Aires, 1970, pp. 199-232; R. Wellek y A. Warren, *Teoría literaria*, Gredos, Madrid, 1974, 4.<sup>a</sup> ed. pp. 159-243; y Fernando Lázaro Carreter, "Sobre el género literario", en su obra, *Estudios de poética*, Taurus, Madrid, 1976, pp. 113-120.

## BASES PARA UN ESTATUTO CIENTIFICO DE LA LITERATURA

Ha sido, no obstante, el húngaro Paul Hernadi quien ha tratado el tema de los géneros desde una óptica científica con la mayor precisión. En el último capítulo de su obra *Teoría de los géneros*<sup>3</sup> realiza “una teoría de la literatura que intenta, primero, explicar las semejanzas dignas de notarse entre las obras literarias de una forma que fomente la comprensión de la literatura en general; segundo suministrar conceptos adaptables al estudio comparativo de las obras particulares, no etiquetas confeccionadas para su clasificación instantánea; tercero, abordar las obras literarias como evocaciones verbales de mundos, imaginativos; y cuarto, tratar los modos de evocación literaria, y sus resultados, en dos esquemas conceptuales diferentes pero afines que nos hagan ver la literatura como un arte verbal que presenta y representa la acción y la visión humana” (p. 7).

Teoría científica de esta parcela literaria porque partiendo del análisis y observación de obras del arte verbal que, por medio de recursos imaginativos, evocan y representan aspectos humanos, se establece una serie de conceptos que constituyen un *corpus* de normas surgido del estudio comparativo de obras particulares capaz de explicar las semejanzas producidas entre ellas. Racionalidad y objetividad se armonizan en el modelo teórico de P. Hernadi. Su teoría es científica porque presenta los resultados de las observaciones genéricas como “tipos ideales” —según el modelo de Max Weber para los aspectos conceptuales— a los que las obras literarias corresponden en grados variables. Tarea que el propio crítico sintetiza del modo siguiente: “Me parece que la mejor parte de la crítica del género moderno ha sido más filosófica que histórica o prescriptiva: ha intentado describir algunos tipos básicos de la literatura que *puede* escribirse y no las numerosas clases de obras que se *han* escrito o, en opinión del crítico, *debieran haberse* escrito. En consecuencia, las mejores clasificaciones genéricas de nuestra época nos hacen ver más allá de sus inquietudes inmediatas y centramos en el *orden de la literatura* y no en los límites *entre los géneros literarios*” (p. 144). *Orden* de la literatura que remite a la sistemática necesaria en toda actividad científica.

### IV

Pasemos ya revista al inventario de las principales características que debe tener un estatuto científico de los estudios literarios, siguiendo las pautas marcadas por Mario Bunge (pp. 16-36):

1.<sup>a</sup>) *El conocimiento de la literatura es fáctico*: La teoría literaria científica tiene que partir de los *datos empíricos* que proporcionan las obras de arte verbal, para realizar una elaboración teórica, basada en criterios cuantitativos, y que describa los hechos tal como son, obviando su valor emocional o de otro tipo. La realidad de la escritura es el punto de arranque y meta final de la empresa.

3 Paul Hernadi, *Teoría de los géneros literarios*, Antoni Bosch editor, Barcelona, 1978.

2.<sup>a</sup>) *El conocimiento científico trasciende los hechos literarios*: el crítico-teórico tendrá que pasar de la observación inmediata a un nivel metateórico, no inventariando sólo los rasgos genéricos de las creaciones literarias, sino explicando por medio de hipótesis (enunciados de leyes) y sistemas de hipótesis (teoría general) la esencia de lo literario. El teórico científico de la literatura conjeturará lo que hay detrás de los hechos observados e inventará conceptos nuevos para dar nombre a esa realidad nueva que trascienda al mero dato empírico reiterado o recurrente. La comparación entre la elaboración teórica y la constatación de ésta con los datos observables es la génesis vivificante que impulsa la elaboración de nuevas teorías ya que en la base de toda ciencia fáctica está la consideración del mundo como una empresa inconclusa e inagotable. Este hecho ha permitido que en nuestro siglo hayan surgido diferentes modalidades críticas que han intentado —siguen intentando— explicar en su integridad el hecho literario: Formalismo ruso, New Criticism, estructuralismos, psico-crítica, sociocrítica, crítica semiótica o lingüística del texto, etc.

3.<sup>a</sup>) *La ciencia literaria tiene que ser analítica*: La investigación científica en general trata siempre de entender el todo descomponiéndolo en parcelas e intenta descubrir los elementos que componen cada totalidad y las interacciones que explican su integración. No se puede investigar científicamente el género autobiográfico de la literatura intimista sin antes haber plasmado los diferentes subgéneros que lo componen: autobiografías, memorias, diarios, cartas, relatos autobiográficos<sup>4</sup>; así como cada uno de estos subgéneros no podrá ser definido más que partiendo del análisis de múltiples obras con semejanzas manifiestas. Después del análisis vendrá la labor de síntesis, producto del proceso analítico previo, para reconstruir el todo volviendo a interconexionar las partes fragmentadas.

4.<sup>a</sup>) *La investigación científica de la literatura como especialización*: Es obvio que el teórico tendrá que centrarse en el objeto específico que estudia: las obras literarias; ahora bien, esto no quiere decir que se encierre en su torre de marfil y no tenga en cuenta facetas científicas de otras disciplinas que, de un modo interdisciplinar, puedan ofrecer una mayor iluminación del hecho artístico. Las fronteras entre las ciencias, pese a tener áreas de dominio propias, son a veces difusas; de ahí que la lingüística del texto tenga en cuenta aspectos de la lógica formal, la sociocrítica facetas de la sociología o la psico-crítica fundamentos de las ciencias que estudian el ser humano. Pero sin convertir esta interdisciplinariedad en una caja de Pandora donde todo quepa, sino teniendo siempre presente el *quid* discriminatorio y especializado de la literatura: arte verbal.

5.<sup>a</sup>) *Claridad y precisión en la teoría de la literatura*: El rigor, la precisión y exactitud, tan ajenas en la práctica usual, adquieren una relevancia importante

4 Sobre estos aspectos versa mi trabajo, "La literatura, signo autobiográfico", en el vol., *La literatura como signo*, que aparecerá próximamente en Playor, Madrid.

## BASES PARA UN ESTATUTO CIENTIFICO DE LA LITERATURA

en el tratamiento de la literatura. El hermetismo, la vaguedad o la imprecisión no tienen cabida en ella. Como toda teoría científica, la de la literatura precisa crear un lenguaje artificial por medio de símbolos. Lenguaje que más que complicación tiene que crear aclaración. La semiótica, por ejemplo, al crear las palabras *sintáctica*, *semántica* o *pragmática* de los signos tiene, inmediatamente, que definir las clara y precisamente; como hizo Charles Morris: *sintáctica* (relación signo-signo), *semántica* (relación signo-objeto) y *pragmática* (relación signo-sujeto)<sup>5</sup>.

6.<sup>a</sup>) *El conocimiento científico de la literatura es comunicable*: Es cierto que no todo el mundo puede entender la teoría de la relatividad, pongamos por caso, pero es cierto que todo conocimiento científico tiene que ser expresable y proporcionar información al investigador que haya sido adiestrado para entenderlo. La teoría científica de la literatura, jardín cerrado para pocos, tiene que precisar sus fórmulas conceptuales y empíricas para que otros investigadores multipliquen las posibilidades de su confirmación o rechazo. Como hace Janos Petöfi al intentar formular una teoría formal y semiótica del texto plasmando la fórmula *TeSWeST* para indicar, con abreviatura alemana, la “teoría de la estructura del texto y de la estructura del mundo” y sus principales componentes: *TGrC* (Componente de Gramática Textual) y *WSeC* (Componente de Semántica del Mundo) explicando cada uno de estos conceptos<sup>6</sup>. Esto no quiere decir que la teoría del texto de Petöfi sea del todo científica, sino que más bien constituye una hipótesis científica en vías de una reformulación peculiar del fenómeno textual.

7.<sup>a</sup>) *El conocimiento científico de lo literario es verificable*: Para explicar los fenómenos el crítico tiene que recurrir a la observación y experimentación de todo aquello que postula de un modo teórico. La teoría para ser científica tiene que pasar por el bautismo de sangre de la praxis. Esto es lo que, en un intento todavía inconcluso, ha realizado Antonio García Berrio con 500 sonetos amorosos de Garcilaso de la Vega (35), Fernando de Herrera (268), Francisco de Quevedo (151) y Luis de Góngora (43) para llegar a descubrir y explicar la tipología, el molde, del soneto amoroso de influencias petrarquistas en la lírica de los Siglos de Oro<sup>7</sup>, desde un punto de vista exclusivamente temático. Para llegar a la validez de sus postulados está trabajando con muestras pertenecientes a poetas de la misma época y que cultivaron el mismo tipo de soneto como Villamediana, Hernando de Acuña, etc. La verificación o no de su tipología clasificatoria servirá para ir formulando, poco a poco, una gramática de los sonetos influenciados por el *dolce stil nuovo*. La verificabilidad

5 Charles Morris, *Signos, Lenguaje y Conducta*, Losada, Buenos Aires, 1963.

6 J. Petöfi y A. García Berrio, *Lingüística del texto y crítica literaria*, Comunicación, Madrid, 1979, pp. 129-145 especialmente.

7 Cfr. la obr. cit. en nota anterior, pp. 311-366; así como el estudio de los sonetos del “carpe diem”, pp. 369-430. Conclusiones todas, hasta el momento, hipotéticas pero interesantes.

es lo que hace a la ciencia objetiva y sirve para demostrar que las suposiciones en cuestión corresponden a hechos observados y medidos.

8.<sup>a</sup>) *La ciencia de la literatura tiene que ser metódica*: Dicho de otro modo, necesita un método, un conjunto de “reglas ciertas y fáciles” —según el sentido cartesiano—, que lleve al enunciado de unas leyes de gran extensión. Tras el planteamiento de los problemas que las hipótesis propuestas intentan resolver, es preciso un instrumento metodológico, un criterio, que decida si una hipótesis dada se puede confirmar, pese a sus variables, razonadamente. El método científico en literatura, como en otros ámbitos, no parte de normas infalibles basadas en criterios de autoridad o de otro tipo. En nuestra parcela no se trata de adaptar los métodos a la obra literaria, sino que de la observación, análisis y comprobación de constantes se llegue a la elaboración de una *organización* confrontada que pueda dar cuenta de un modo objetivo de la creación de arte verbal. Es cierto que, en la actualidad, ninguno de los métodos propuestos para el análisis de la literatura (los *formalismos* de diversa índole, la psicocrítica, la sociocrítica, etc.), pese al avance que han representado, constituyen *métodos* del todo científicos; al igual que, entre todos, el método semiótico quizá sea el que vaya encaminado con mayor amplitud y rumbo cierto a este objetivo; pero, sin duda, nada surge *ex nihilo*. Estamos ya, al menos, en el primer paso: la posibilidad vislumbrada para que el estudio científico de la literatura no sea una quimera, sino una realidad (esperemos que no muy lejana). Esto no quiere decir que, una vez encontrado el método abarcador, hayamos dado con la piedra mágica, el talismán, que todo lo solucione y explique. En modo alguno. La ciencia es algo dinámico y libre que multiplica, modifica o no varía sus reglas para conseguir una mayor objetividad tan anhelada en el terreno científico.

9.<sup>a</sup>) *El conocimiento literario será sistemático*: Toda teoría literaria será un conjunto ordenado y básico no de verdades dogmáticas, sino de hipótesis verificables que se articulen, como los órganos del cuerpo humano, en una interacción lógica y unitaria. Lo sistemático no excluye el azar —que a veces, en contadas ocasiones, se puede dar—, se basa fundamentalmente en la organización de un conjunto de axiomas y teoremas (conclusiones basadas en lo fáctico) verificables que el *ars inveniendi* establece para facilitar la explicación científica. Como el sistema fonológico de la Lengua está organizado sistemáticamente, una teoría de la literatura tendrá que ir a la búsqueda de unas normas explicativas conectadas orgánicamente entre sí. Inevitablemente, si surgen nuevos hechos literarios (piénsese, por ejemplo, en las vanguardias) habrá que delinear otros sistemas diferentes; al igual que si se reemplazan hipótesis importantes por nuevos axiomas, habrá que hacer lo mismo (el caso actual, v.g., de la explicación sistemática de los géneros literarios).

10.<sup>a</sup>) *La teoría literaria tiene que ser general*: Las obras singulares del campo de Agramante literario para poder ser explicadas científicamente, a pesar de sus singularidades, necesitan ser introducidas en las pautas o esquemas genéricos que sirvan para dar cuenta de las constantes que toda generalización comporta.

## BASES PARA UN ESTATUTO CIENTIFICO DE LA LITERATURA

Ello no quiere decir que cada obra de la literatura no tenga sus variables pertinentes, sino que éstas se organizan dentro de unas *leyes* enunciadas a partir del examen de un conjunto de creaciones literarias.

11.<sup>a</sup>) *La ciencia literaria será explicativa*: La mera descripción, por muy pormenorizada que sea, no basta en un ámbito científico; es preciso llegar a una explicación razonada de los hechos. No basta, en nuestro campo, describir pormenorizadamente, por ejemplo, el *Libro de la Vida* de Santa Teresa de Jesús como una autobiografía, sino explicar el hecho de escritura particular a partir de unas leyes generales que componen una *tipología* del género literario del relato intimista o autobiográfico, como han intentado explicar y formalizar Philippe Lejeune o Georges May, recientemente<sup>8</sup>.

12.<sup>a</sup>) *El conocimiento científico de la literatura es predictivo*: El teórico de la literatura no es el mago, el profeta, que pueda adivinar el futuro; antes al contrario, es el científico que, sin realizar predicciones ilusorias, puede imaginar cómo será el futuro. Dicho de otro modo, si la literatura es una repristación constante de la vida tanto en temas como en formas, el teórico literario, basándose en leyes y principios generales y constantes, podrá suponer cuales son los rasgos que, fundados en el devenir histórico de la literatura, tendrán una continuidad más o menos prolongada. Por ejemplo, le será posible presuponer las características que, en el futuro, puedan tener los relatos de ficción autobiográficos al modo de *San Manuel Bueno Mártir* de Unamuno, *La voluntad* de Azorín, o *La Consagración de la primavera* de Alejo Carpentier. Lo cual no quiere decir que no surjan modalidades estructurales y técnicas que lleguen a producir tipos de relatos de ficción autobiográficos desconocidos hoy en día. La predicción científica se caracteriza más por su perfectibilidad que por su certeza.

13.<sup>a</sup>) *La ciencia literaria es abierta*: Vivimos en una época en la que la interdisciplinariedad es algo consustancial a la misma. La ciencia literaria se desarrollará abiertamente en dos vertientes: una, acogiendo en su seno las aportaciones científicas de disciplinas más o menos comunes (sociología, psicología, matemáticas ¿por qué no?, historia, antropología, etc.), pero no de una manera indiscriminada, sino de un modo discriminado sabiendo que hay *zonas de nadie* en las que se pueden superponer variadas aportaciones siempre —claro— que sean científicas; y otra, sabiendo que todo es falible —nada hay dogmático para la razón— y que, por lo tanto, es perfectible con el tiempo y con el descubrimiento de nuevos hechos y nuevas leyes. Si la sociocrítica, por ejemplo, aprovecha parcelas de la sociología, la psicocrítica del psicoanálisis y la *lingüística del texto* de la lingüística, es algo admisible y loable; pero ello no quiere decir que estas metodologías críticas tengan que estar supeditadas en toda hora y momento a estas disciplinas laterales. La teoría literaria de estos métodos tiene su propia autonomía, aunque haya parcelas en las que la inter-

8 Cfr. Philippe Lejeune, *Le pacte autobiographique*, Seuil, París, 1975; y Georges May, *L'autobiographie*, P.U.F., París, 1979.

disciplinaridad sea fructífera y vivificadora. Viveza que hace que, como todo organismo en cambio constante, nada pueda ser intocable.

14<sup>o</sup>) *La ciencia de la literatura es útil*: La utilidad vendrá dada en una doble perspectiva: de un lado, el conocimiento científico podrá servir —no afirmamos que sirva siempre— para el creador ya que la literatura tiene hoy en día una complejidad que no tenía, por ejemplo, en la Edad Media y es preciso conocerla para producirla (no hacerlo sería un anacronismo manifiesto); y de otra parte, será rentable tanto para conocer mejor la esencia, el *quid*, del arte verbal por excelencia, como para enriquecer resultados aplicables en beneficio de la humanidad.

## V

Llegados a este punto es preciso hacer una serie de consideraciones, recapitulación de lo anteriormente expuesto. ¿Es posible estudiar la literatura desde un punto de vista científico? Como se ha intentado demostrar, la vía para su realización está abierta pese a los múltiples y diferentes obstáculos que todavía quedan por salvar. Si como decía Demócrito una sola demostración vale más que el reino de los persas, estamos ante una situación esperanzadora en la que todo es problemático, pero en la que, pese a su continuada perfectibilidad, la conjunción de la observación, la destreza y la agudeza de ingenio permitirá el planteamiento de una serie de hipótesis para, luego, pasar a la comprobación de las mismas.

Es cierto que no se ha llegado a una formulación total de la ciencia literaria, pero no es menos cierto que estamos en trance de conseguirlo. Los intereses de los teóricos de lo literario están empeñados en este intento. Observaciones y pegos se le pueden poner a las teorías —variadas y multifformes— de hoy día, mas las consecuciones y fallas de las mismas no son otra cosa que un acicate para seguir en el empeño. Nuestro propósito ha sido, teniendo en cuenta ciertos —no todos— aspectos de la *Teoría de la Ciencia*, pasar revista a unas bases genéricas sobre las cuales pueda establecerse un estatuto científico de la literatura. Pero eso sí, valorando y teniendo en cuenta la tela tejida hasta el momento, no obrando como Penélope. La teoría científica de la literatura, no sólo describirá las obras más o menos exactamente, sino que también necesitará de un(os) modelo(s) que, desde un punto conceptual, pueda(n) explicar el *quid* del arte verbal por excelencia<sup>9</sup>. Los cimientos están puestos; lo que falta es po-

9 Destacamos como bibliografía fundamental, en español, sobre el tema la siguiente: Popper, *La lógica de la investigación científica*, Tecnos, Madrid, 1962; M. Bunge, *La investigación científica*, Ariel, Barcelona, 1976<sup>5</sup>, y la reseñada anteriormente; Hempel, *Filosofía de la ciencia natural*, Alianza Editorial, Madrid, 1976<sup>2</sup>; y Braithwaite, *La explicación científica*, Tecnos, Madrid, 1965. Por otra parte, obras como las de Aldous

## BASES PARA UN ESTATUTO CIENTIFICO DE LA LITERATURA

ner manos en la construcción total del edificio. Se podrían, así mismo, aportar una larga serie de trabajos sobre el tema, pero el carácter de este artículo va por otros derroteros más sugeridores que críticos.

Huxley (*Literatura y ciencia*, Edhasa, Buenos Aires, 1964) y France Vernier (*¿Es posible una ciencia de lo literario?* Akal, Madrid, 1975) distan mucho de ser, como pretenden, científicas.

